

### 3

## Salida y abandono de los mitos eclesiásticos

### *La crisis de la Iglesia*

#### *como consecuencia del nuevo axioma*

La Iglesia en Occidente pasa por una grave crisis. Cualquiera puede verlo. Abundan las estadísticas que lo confirman. El cariz que toman las cosas preocupa sobremanera a la jerarquía central en Roma, porque la humanidad necesita incondicionalmente a la Iglesia, *Extra ecclesiam nulla salus*, fuera de la Iglesia no hay salvación, dicen. Desde arriba vienen mensajes que lo garantizan sin dejar lugar a dudas. Pero tampoco se entiende la crisis pues el mensaje cristiano es sin duda un producto de calidad excepcional, supera todo lo que puede ofrecer la competencia. El pasado lo confirma sólidamente. Fue recibido con los brazos abiertos en el Occidente y poco a poco fue dejando grabada su impronta en toda la vida social. Es cierto que esto no siempre sucedió sin roces, ni sin una cierta dosis de violencia. Por ejemplo, Carlomagno metió a los sajones contra su voluntad en el redil eclesiástico, y, como la mayor parte de las veces la dirección de la Iglesia procesó a los que pensaban de otra manera, resultó que, por razones de seguridad, era mejor permanecer fieles a la «verdadera doctrina», por lo menos en apariencia. De todas maneras, esto no basta para explicar el enorme éxito de la predicación cristiana en la alta Edad Media, ni el influjo profundo que tuvo en la organización entera de la vida y de la cultura. Es claro que existía una voluntad de acoger el cristianismo. Ahora, de pronto, pareciera que esa voluntad no existe. Pero, ¿por qué, si se ofrece la misma mercancía, y es de buena calidad? ¿De dónde viene, pues, esta dificultad que hace que esa mercancía deje de circular? Conversen con profesores de religión en los colegios: muchos de ellos tendrían mucho que hablar sobre el tema. Miren los bancos de la Iglesia los domingos, donde hay cada vez más lugares vacíos. Mejor ni hablar de los días de semana. La

Europa antaño cristiana y piadosa hoy se vuelve pagana a ojos vista. No hay que buscar, pues, al culpable en el mensaje que se anuncia.

En altas esferas se piensa que la culpa está en los interlocutores. Éstos se han vuelto desganados y cerrados para recibir las buenas nuevas. Léase el documento preparatorio del Sínodo de Europa y adviértase la tendencia de muchos de los discursos pronunciados. Los chivos expiatorios que allí se señala son la secularización y el humanismo moderno. El europeo de hoy estaría buscando su salvación solamente en la tierra y el ser humano habría suplantado a Dios. Los progresistas estarían prestando celosamente su ayuda y aliento a estos errores con sus obcecadas exigencias mundanas de democracia y de participación en la Iglesia, de supresión del celibato obligatorio, de mujeres al sacerdocio, de valoración de la sexualidad... En la práctica estarían actuando como una «quinta columna» detrás del ya amenazado frente eclesíástico.

La idea de que antiguamente también se predicó para oídos sordos y que el «misterio de la impiedad» (2 Tes 2, 7) no comienza a activarse recién ahora, sirve de algún consuelo. La parábola del sembrador trataba ya de arreglárselas con el bochorno de que la buena semilla cayera en buena tierra sólo en algunos casos. ¿No era Pablo quien suspiraba repitiendo las palabras de Isaías: «Señor, quién ha creído nuestro mensaje» (Rom 10, 16)? Y además, está el diablo, que no duerme nunca, y que siempre trata de evitar que la buena semilla fructifique y crezca.

Sea como fuere, en los círculos conservadores se le echa la culpa a la negativa recepción del mensaje, pero nunca al contenido de la predicación. Pues en ella corre el agua de la vida eterna. Es claro que los oyentes han dejado de tener sed. Y no pueden tener sed de una bebida celestial, porque están satisfechos y beben sin cesar de las alegrías terrenas.

### *Grandes pasos por mal camino*

¿Qué se puede hacer contra esto? Para atajar las consecuencias funestas de la modernidad, la oficina central de la Iglesia apuesta sin reparos por el uso de los medios creados por la misma modernidad, como prensa y radio, televisión y CD, computador e internet, pues opina que los hijos de la luz no deben ser menos listos que los hijos de las tinieblas. Cualquier cosa es buena, todo puede servir a la popularidad mediática del Papa, viajes a todos los puntos cardinales, turismo de masas en forma de año santo, número récord de canonizaciones y beatificaciones solemnes, incentivar la veneración de María, favorecer a grupos y revistas que tratan de detener el tiempo, o al menos de atrasarlo. También recurren a otros medios de salvación,

como la edición del *Catecismo de la Iglesia Católica* con más de 700 páginas y la repetición cada vez más sonora y enfática de las fórmulas y representaciones tradicionales. Todas estas medidas dejan entrever la opinión de la jerarquía romana: ésta piensa que, aunque el pueblo fiel tiene buena voluntad, sin embargo está falto de conocimiento y, además, es algo sordo. Por último, se presiona discretamente a aquellos miembros de la Iglesia que no son tardos de oído ni faltos de conocimiento. Lamentablemente la presión no puede ser tan fuerte como en los buenos tiempos anteriores a la modernidad, pues *Amnesty International* se levantaría en contra de ello. Por lo menos se puede tirar fuerte las riendas de la autoridad, exigir juramentos de fidelidad, reprimir movimientos de protesta o grupos que se ponen a criticar, instalar sólo a funcionarios eclesiásticos que se mantengan fieles a la obediencia de las orientaciones de Roma, alejar a la gente que pone obstáculos, intimidar a los rebeldes, convocarlos a los juzgados romanos, o prohibirles hablar y escribir.

Pero así es como el barquito de la Iglesia, el inicialmente humilde bote de Pedro el pescador en el lago de Genezaret, reconstruido ahora como un super-Titanic, se va dirigiendo a una región llena de icebergs. Los pilotos, igual que los técnicos de tierra (jubilados a los 75 años), insisten en que esa dirección es la única correcta. Pues está siendo seguida hace ya mucho tiempo, y en todos estos siglos nunca se ha divisado una gran masa de hielo. Además, es la dirección prescrita por Dios. Apartarse de ella sería traicionar la esencia y la misión misma de la Iglesia.

«*No hay cambio de orden*»

Esta es la forma de representarse las cosas. El mensaje fue fijado de una vez para siempre. Lo heredamos y así mismo debemos entregarlo a la generación siguiente, sin dañarlo, es decir sin cambios. Esta manera de pensar trae el recuerdo del maravilloso cuento y sueño de Antoine de Saint-Exupéry, *El Principito*. El protagonista ha salido de excursión y aterriza en un pequeño planeta, donde traba conversación con el encendedor oficial de las luminarias. De pronto, el hombre se levanta, sale, enciende la luminaria del planeta y vuelve. La conversación continúa. Pero luego, el hombre se pone de pie, sale nuevamente, apaga la luminaria y vuelve a entrar. El Principito se extraña, y más todavía cuando esta escena se repite una y otra vez. Le pregunta al hombre por qué hace eso. Y éste le explica que hace tiempo había recibido la ordenanza de encender la luminaria cada tarde y de apagarla cada mañana. Pero el planeta había comenzado a girar cada vez más rápido, de tal manera que tarde y mañana se seguían muy pronto la una a la otra, y que «la ordenanza no había cambiado».

Ésta es la mejor explicación del sin sentido que hay en una fidelidad al pasado como ésa. Los partidarios de esta fidelidad afirman que lo que era bueno en el pasado, sigue siéndolo ahora. Lo que es un error lamentable. Es normal que una práctica o una manera de ver, buena o mala, se origine como respuesta a una determinada situación, pero cuando la situación original deja de existir pierde su razón de ser, se vuelve vacía y no tiene sentido seguir con ella. La historia humana es un proceso enorme de evolución y cambio. A menudo el proceso avanza apenas o muy lentamente, de tal manera que cada nueva generación pareciera ser un gemelo o clon de la anterior, y el bisabuelo puede prever con bastante precisión los problemas que deberá enfrentar el bisnieto, pues serán muy semejante a los que él tuvo en otros tiempos, y la manera como su descendiente los resolverá habrá de ser también parecida a como él lo hizo. En esos períodos en que la evolución avanza tan lentamente que pareciera detenerse, los ancianos son muy respetados: pues son los sabios, los que conocen el futuro, lo que ha de venir, por haber conocido el pasado; son aquéllos a quienes se mira, de quienes se espera una respuesta indispensable, y cuyas respuestas se aceptan luego con fe. En tales fases culturales, todo permanece igual, como en los tiempos antiguos. No se cambia ni un ápice de la costumbre, la prescripción o la «ordenanza». No se ganaría nada con cambiar algo.

Pero hoy día la evolución ha adquirido una velocidad increíble, y –para no hablar ya del bisabuelo– ni el mismo padre sabe qué problemas o preguntas se le va a plantear a la generación joven. Ya no tiene sentido apelar al pasado ni a las soluciones propuestas con miras a atender la situación correspondiente. Quien no conoce más que la carreta de bueyes, no puede dictar normas para usar la autopista.

### *El pueblo fiel dividido*

Mientras la jerarquía de la Iglesia está casi unánimemente persuadida de la necesidad de mantener la dirección que ha seguido desde el pasado, y por tanto de mantener el lenguaje antiguo –en el sentido amplio de la palabra lenguaje–, la base creyente está dividida. La gran mayoría de los miembros no se preocupa mucho de la disminución de los fieles en la Iglesia, ni de buscar medidas para impedirlo. Para ellos, la Iglesia no es muy distinta de una empresa que practica ciertos rituales con ocasión de determinadas festividades, y a la que se necesita sólo en esos casos. Es decir, el bautismo de niños, la primera comunión y la confirmación, un matrimonio, y casi siempre el entierro. Hay un segundo grupo que se preocupa tanto como jerarquía: es el de los conservadores piadosos, no sólo personas de edad, lamentablemente, que esperan alcanzar la salvación princi-

palmente de la jerarquía de la Iglesia, fortaleciendo así la peligrosa persuasión que esta última tiene de estar conduciendo acertadamente a la Iglesia. Felizmente hay también un tercer grupo, compuesto en su mayoría por creyentes bien comprometidos, que observan el curso de las cosas con la misma preocupación que la misma Roma. Sin embargo ellos piensan y sienten de una manera moderna, y por lo mismo no esperan ninguna salvación de los remedios en los que la jerarquía pone su esperanza. Estos remedios no sirven, dicen ellos, porque el diagnóstico falla. La culpa no está en la modernidad, ni en el bienestar, ni en Satanás, ni en la falta de credibilidad de algunos jerarcas de la Iglesia.

Pueden probarlo con buenos argumentos. Por ejemplo, que en el pasado había cualquier cantidad de reyes, barones, cardenales, obispos y laicos piadosos que se revolcaban en el lujo, sin que esto dañara en lo más mínimo a su ser de Iglesia. ¿Por qué tendría esto que ser distinto tan de golpe? ¿Eran los Papas y obispos de antaño tan creíbles como los de hoy? El decaimiento explosivo de la fe durante la revolución industrial no tuvo lugar dentro de la burguesía acomodada, sino en el proletariado indigente. Los científicos sociales e investigadores de la cultura están cada vez más persuadidos de que la persona moderna tiene muchos aspectos religiosos, y que, igual que antes, continúa buscando cómo satisfacer sus vagas necesidades religiosas. Pero al mismo tiempo, la persona moderna encoge la nariz ante la mala calidad del producto que ofrece la Iglesia, y corre más bien a encontrar la respuesta que necesita en algún gurú, profeta de salvación o fundador de secta, ávido vendedor de una mercadería que a menudo es sospechosa. El éxito de esta oferta no eclesiástica, a menudo hasta enemiga de la Iglesia, que se presenta tanto en forma de sectas o doctrinas de salvación, como en la del concepto general de *New Age*, hace que esa opinión de la jerarquía sea muy criticable e invita a buscar una explicación distinta y mejor. Y, también, remedios más adecuados.

### *Un nuevo envoltorio para el buen producto*

La jerarquía de la Iglesia tiene razón en negarse a buscar en la calidad del producto la causa de la depreciación del mismo. En este punto al menos, el grupo de creyentes críticos al que se ha aludido más arriba coincide totalmente con la jerarquía, pues si el producto no fuera útil, este grupo, y el autor junto con él, hace ya tiempo se habrían despedido de la Iglesia para ir buscar una mejor oferta en otra parte. Queda, entonces, sólo una explicación: el fiasco viene de la presentación o envoltorio del producto, en otras palabras, la forma como lo presentan quienes lo ofrecen. Con ello nos referimos al lenguaje –una vez más, en el sentido más amplio de la palabra– en el

que se predica el mensaje. En la forma actual un rótulo dice la fecha de caducidad: «utilizar sólo hasta 1789». Ese es el año de la Revolución Francesa, en que ocurrió la primera revelación explosiva del espíritu moderno. Por eso, dada la calidad del producto, es urgente presentarlo en una forma moderna, en el lenguaje del siglo XXI. Eso es lo que este libro quisiera ensayar,

Antes de comenzar, detengámonos en algo que no deja de ser importante. ¿Es absolutamente necesario que cada persona haga suyo lo que la Iglesia ofrece, es decir, que cada cual se haga cristiano y permanezca siendo sociológicamente un miembro de la Iglesia? Hasta el comienzo del siglo XX era ésta una afirmación indiscutible que había sido acuñada en el conocido adagio del obispo Cipriano de Cartago: *extra Ecclesiam nulla salus*, fuera de la Iglesia no hay salvación. Esta afirmación fue la que en gran parte sirvió de motor a la obra misionera. Ciertamente que la realización del plan divino de salvación, la venida de su Reino o Reinado -según la representación judeo-cristiana- indica que todos los procesos y relaciones humanas van siendo impregnados progresivamente de la idea propia de Dios, y que, así, la sociedad se va transformando hasta llegar a ser la comunidad que Dios quiere. Pero lo que Jesús dice sobre la sal y la levadura en la masa en sus parábolas parece indicar que no es la totalidad la que se transforma en sal o levadura, sino que el cambio hacia el bien se realiza *gracias a* la sal o la levadura. Desde este punto de vista, no es tan preocupante el hecho de que se vaya reduciendo el número de fieles que vienen a la Iglesia. Más preocupante sería que los bautizados no fueran creyentes, sino meros números en las estadísticas eclesiásticas, consuelo de algunos. Pero vamos hacia eso.

Tenemos que preocuparnos por la gente «de buena voluntad y corazón» (Lc 8,15), pues con todo lo que necesitan para tener fe, no logran encontrar lo que andan buscando en la predicación, ni tampoco encuentran respuesta para sus necesidades religiosas. Por mucho que se les repita que el mensaje de la fe es el pan de la vida eterna, si este pan se vuelve viejo, despierta en quienes lo buscan la impresión de que se les está entregando piedras en lugar de pan. Entonces el mensaje ya no les llega ni puede tocarlos. Pues se les predica en un lenguaje que no tiene energía vital ni existencial, por haberse quedado rezagado en la «ingenuidad primera», es decir, en una visión del mundo que corresponde a una época anterior a la crítica racional y a los derechos humanos.

### *En busca de una nueva formulación*

El ensayo de traducir a un nuevo lenguaje teonómico la totalidad de una doctrina eclesiástica que ha sido formulada heteró-

nomamente con un arsenal de dogmas, rituales, tradiciones, usos, espiritualidades y leyes, exigiría un trabajo de gigantes que llenaría más de una vida humana. Aquí será posible realizar este propósito sólo respecto a algunos de los elementos más importantes de nuestra herencia cristiana. Primero destacaremos claramente la figura heterónoma que hay en cada uno de estos elementos, ya que a los ojos de quien se ha despedido de la heteronomía, es ella la que le quita el sentido a las afirmaciones doctrinales, rituales o leyes. Luego buscaremos cuidadosamente la experiencia de fe que ha cristalizado en la formulación tradicional. Lo que nos importa al realizar este trabajo es precisamente esta experiencia de fe. Pues, mientras las formulaciones son productos del pensamiento abstracto que quedan enmarcados en el imaginario de un determinado tiempo, la experiencia es un encuentro vivo y siempre nuevo con la realidad divina. Esta experiencia constituye lo esencial de la fe y es ella lo que se trata de expresar en un lenguaje teonómico dentro de la cultura de la modernidad.

Pongamos un ejemplo para aclarar este punto. Si Jesús de Nazaret viviera hoy y nosotros nos encontráramos con él, para describir esa misma experiencia –la misma experiencia de profundidad sagrada que vivieron sus discípulos al encontrarse con él–, nosotros tendríamos que encontrar una expresión distinta a la que ellos utilizaron. Hoy no tendrían sentido imágenes como la del Sumo Sacerdote, o del Cordero de Dios, o de la Palabra o Hijo de Dios, ni tampoco la de Rey, ni siquiera la formulación dogmática de su relación con Dios en términos de «segunda persona de la Santísima Trinidad». Esto no significa que estas expresiones antiguas no tengan sentido o sean falsas, sino simplemente que, hoy día, para una persona moderna, han dejado de tener sentido, y por lo tanto, han dejado de ser obligatorias.

El principio fundamental que guía la traducción de las representaciones y fórmulas tradicionales hacia otras modernas es el siguiente: siempre que una fórmula supone la existencia de un mundo exterior o superior al cosmos capaz de intervenir en el nuestro, tal representación o fórmula debe ser reemplazada por otra en la que Dios aparezca como el fundamento más profundo del cosmos al que pertenece el ser humano. Cosmos y ser humano son realidades experimentables. Todo lo que sucede en ellos es por tanto experimentable y de alguna manera está sujeto a prueba. Sin embargo, la forma heterónoma de pensamiento imagina que la acción creadora de Dios puede acontecer tan totalmente en el mundo divino, que queda fuera de toda experiencia humana que la captara como aumento de valor de la existencia, o de profundización, o de liberación o de renovación. Pensemos en lo que significa que a un bebé se le borra

el pecado original hereditario mediante el bautismo, o lo que la tradición enseña sobre la muerte de Jesús en la cruz, explicando que esta muerte ha redimido al mundo, ha vencido la muerte y el pecado, ha rescatado la deuda de Adán y ha abierto nuevamente las puertas del cielo. Nada de ello puede ser experimentado o probado. En una cosmovisión en la que lo único existente es este mundo, tales procesos tienen que parecer como figuras imaginativas irreales, inauténticas, quizás hermosas, pero vacías. Tal es el juicio de los no creyentes y de los creyentes de hoy día. Ambos preguntan y con razón, ¿a qué realidades de esta vida corresponden tales expresiones? Los primeros hacen la pregunta levantando los hombros, sin creer. Los otros son herederos de una larga experiencia de fe y quisieran saber cuál es la buena noticia que les llega en esta representación. Saben que en la representación heterónoma gravita una forma de hablar que corresponde al pasado y que hoy ha sido superada y abandonada, pero en cuyo núcleo se esconde una buena nueva y una experiencia que sigue manteniendo su valor. Por eso quisieran participar en ella y formularla de una manera que les aproveche a otros.

Al partir de dos axiomas opuestos, necesariamente vamos a llegar a dos formulaciones muy distintas de una misma experiencia. Como consecuencia de este reconocimiento proponemos la tolerancia, a fin de que los modernos no tengan a los otros por tercetos y tontos. El pensamiento teológico del pasado es, desde su punto de partida -el axioma de la heteronomía- y hasta sus últimos desarrollos, el producto de una enorme sagacidad y de una genial sutileza, y además, ha sabido formular una respuesta para cada una de las dificultades que se derivan de sus conceptos. Lamentablemente, la mayoría de las veces la respuesta es que para Dios no hay nada imposible. Por otra parte los guardianes de la tradición, formulada de manera heterónoma, no deberían enjuiciar una y otra vez a sus compañeros de fe más modernos, ni tampoco condenarlos como herejes, iconoclastas o no creyentes. Se trata de dos maneras igualmente creyentes de acercarse a un misterio que siempre superará a nuestro entendimiento y nuestro corazón. Pues así es Dios: siempre mayor. Y cuanto más autonomía y poder gane el pensamiento de la autonomía, más se van a ir debilitando las persuasiones, formulaciones y consiguientes prácticas del pasado, igual como en el sueño de Nabucodonosor: la piedrecita no dejó nada de la estatua que llegaba hasta el cielo.

### *La dolorosa necesidad de un éxodo*

Por supuesto que, siguiendo el dicho de que el vino viejo es el mejor, siempre va a ser posible aferrarse al viejo axioma de la heteronomía. Pero no olvidemos que esto significa apostar a perdedor,



porque todo indica que el nuevo axioma va siendo acogido progresivamente por toda la humanidad. Cada día más, las maneras de pensar y las convicciones van siendo determinadas por el pensamiento científico occidental, que ha sido la semilla del nuevo axioma, como también lo son los avances tecnológicos que lo confirman constantemente. La doctrina tradicional de la fe, construida sobre el axioma de que hay dos mundos, es como una ciudad construida sobre terreno que no fuera otra cosa que una capa de hielo inimaginablemente fuerte. Un cambio climático se acerca muy rápidamente. La capa de hielo se funde lentamente, sin vuelta atrás, y cada vez más de prisa. Podríamos evadirnos mentalmente soñando con una nueva Edad del hielo... Pero haríamos mejor en despedirnos de la heteronomía y embarcarnos antes de que todo se hunda, tomar lo más precioso y aunque nos duela, dejar atrás el resto de nuestros tesoros antiguos, conscientes de que están condenados a la ruina. Como toda obra humana, ellos también son transitorios. Durante largo tiempo vamos a vivir como fugitivos, en campamentos, echando de menos el confort espiritual de antes. Al cabo de un buen tiempo volveremos a levantar una ciudad que nos devolverá el sentimiento de seguridad y bienestar. Mientras tanto, tendremos que resignarnos a permanecer sin respuesta frente a muchas preguntas.

Así por ejemplo, en relación con lo que vendrá después de la muerte, queda fuera de nuestro alcance imaginarnos lo que reemplazará las certezas del pasado. Pues en la perspectiva anterior, al morir se accedía a otro mundo donde uno se enfrentaba a un juicio que le designaba fácilmente un lugar en el cielo, en el infierno o en el purgatorio. Pero si no hay más que este mundo, por muy transido de Dios que pueda estar, ¿qué le espera al ser humano? Todas las representaciones tradicionales se derrumban como en el sueño de Nabucodonosor, porque se las tenía por acontecimientos reales, siendo que eran sólo antiguos mitos cristianos.

### *Éxodo de antiguos mitos cristianos*

La mayoría de las verdades de fe de la Iglesia son antiguos mitos cristianos: los recién nombrados como el pecado original en el jardín del Edén, el nacimiento virginal de Jesús y su Ascensión a los cielos y también aquellos que sirven de columnas de nuestra fe, como la Encarnación y la Resurrección. Los mitos son relatos llenos del sentido profundo de un pueblo o de una cultura sobre los poderes que dominan la vida humana y sobre las relaciones que establecen tales poderes con nosotros. Cada cultura guarda esos relatos como algo absolutamente fidedigno. El cristianismo se desarrolló en una cultura que contaba con una gran cantidad de tales mitos. Pero como eran mitos de gentiles, no merecían ser creídos por los cristianos, porque

no se los podía reconciliar fácilmente con los mitos propiamente cristianos. Fue así como los cristianos desarrollaron prontamente otros mitos. No podía ser de otra manera. Para hablar del milagro divino original y de sus relaciones con nosotros, recurrimos a figuras y parábolas, y por tanto, a mitos, corriendo el peligro, inherente a tal lenguaje, de identificar los mitos con la información o comunicación.

Pero los mitos no son informaciones, sino representaciones figuradas de una realidad más profunda que se experimenta vagamente. La existencia festiva de los inmortales en el Olimpo, para los antiguos griegos, era una de esas representaciones figuradas que consideraban auténtica y verdadera desde todo punto de vista. Igualmente la existencia de los ángeles y santos en el cielo corresponde a una de esas representaciones que en la Edad Media eran auténticas y verdaderas desde todo punto de vista. Pero desde la Ilustración, sólo siguen siéndolo en lenguaje figurado, sólo mitos, igual que los de los dioses del Olimpo. Eso significa que no hay que tomar los mitos al pie de la letra, sino a lo más como el revestimiento de un *logos*, de una idea o verdad. Mientras a estos relatos se les atribuía una total credibilidad, nadie se preguntaba qué *logos* estaba encerrado en el *mito*. En la antigüedad fueron muy escasos los espíritus lúcidos que lo hicieron, como Sócrates. Pero ahora lo hace cualquiera que está formado en el pensamiento de la Ilustración. El creyente moderno, también lo sigue haciendo respecto a los relatos que atañen a la mitología cristiana. Porque no puede tenerlos por verdaderos y creíbles tal como están. El creyente, siente la exigencia de emprender un penoso éxodo de sus antiguas certidumbres e ideas. Hablar de un éxodo es recordar la salida de Abraham de Ur, cuando dejó atrás a su parentela y a su cultura babilónica, para buscarse un país desconocido. O también el acontecimiento por el cual Israel llegó a ser el pueblo propio de Dios, según sus relatos míticos.

Esta comparación quisiera poner en claro que este libro no pretende pisotear ni aplastar las antiguas enseñanzas, sino por el contrario, guiar al lector hacia un nuevo encuentro con Dios. El papel de la Ilustración no ha consistido en enseñarle al occidental a pensar con precisión y claridad. Los filósofos y teólogos medievales pensaban también con suma claridad y precisión, partiendo erróneamente, es cierto, del presupuesto para ellos evidente de que las narraciones cristianas eran informaciones fidedignas. La Ilustración nos abrió los ojos frente al hecho de que tales narraciones no son informaciones, al igual que los relatos de la epopeya de Gilgamesh o de la Ilíada. El mundo en el que se desarrollan es completamente distinto al que nosotros conocemos, caracterizado por leyes físicas, químicas y electromagnéticas inquebrantables. Así, la Ilustración se vio obligada a

suprimir el otro mundo donde las narraciones cristianas se sentían como en su casa. Pero olvidó de preguntarse por el *logos*, por el mensaje más profundo y enriquecedor que venía representado, revestido de palabras, en esos antiguos mitos cristianos. Lo olvidó, porque estaba muy airada frente a la tozudez con que la Iglesia anunciaba sus mitos como si fueran la realidad misma, en parte por miedo a las consecuencias que pudiera sobrevenirle de no ser así. Incluso la Iglesia se atrevía a invocar esos mitos para condenar en bloque a la modernidad. La agresividad estrecha la mirada y enceguece. En su agresividad contra la Iglesia, la Ilustración se volvió ciega frente a la profundidad de los mitos cristianos. Y en su obcecación «arrojó fuera al niño junto con el agua del baño».

El creyente de la modernidad se pone a buscar al niño. Su postura frente a la ignorancia de la realidad intramundana y sus leyes, es tan negativa como la del no creyente moderno: tampoco hay para él un Dios que venga a intervenir desde su otro mundo en el nuestro, para revelar verdades, escuchar oraciones, premiar a los buenos y castigar a los malos, bajar a la tierra en forma humana, vivir en el mundo de los humanos, suspender sus leyes... Para él todo esto es pensamiento mítico superado, antigua mitología cristiana, a menudo poética y enternecedora, otras veces irritante, y a veces muy extraña. No está superado por ser pensamiento mítico, sino porque el lenguaje de los antiguos mitos cristianos choca demasiado duramente con la experiencia actual de la realidad. Pero, al contrario que la Ilustración, el creyente moderno quiere encontrar la riqueza que yace enterrada en ese lenguaje mítico, para hacerlo accesible al siglo XXI. Su lenguaje también va a ser mítico. Como se ha dicho, no se puede hablar sensatamente del milagro original sino en figuras y por tanto sólo en mitos. Esto debe darse hoy en las figuras y mitos del XXI, para abrir la mirada de la gente de este siglo. Algunas veces el creyente moderno utilizará elementos del antiguo lenguaje mítico, pero lo hará en forma conscientemente metafórica, y no pensará que está describiendo o narrando acontecimientos reales, como todavía lo hacen muchos creyentes y hasta jerarcas de la Iglesia. Pero la mayor parte de las veces, el creyente moderno debe abandonar este lenguaje y ponerse a buscar uno mejor.

Al emprender esta búsqueda, es importante saber que no podemos seguir pensando como persona moderna en el marco de un sistema heterónomo, sin caer en una penosa contradicción con nosotros mismos. Esto es precisamente lo que hace inevitable el éxodo de que acabamos de hablar. Pues tal contradicción es como un ácido quemante que corroe, lentamente pero de manera implacable, la afirmación del mensaje formulado en forma tradicional. Esa es tal vez la

razón por la que las encuestas revelan una y otra vez lo que antes era impensable, a saber, que el creyente medio sostiene ideas muy apartadas de las verdades católicas de la fe tal como las mantiene la jerarquía de la Iglesia y como se encuentran en el ya citado *Catecismo de la Iglesia Católica*. Esta postura negativa, que es bastante común hoy día, no proviene necesariamente de mala voluntad o de falta de fe. A menudo es consecuencia de la imposibilidad de afirmar verdades que llevan a que la gente de hoy entre en contradicción con temas que han llegado a ser tan evidentes como el auto, la televisión o el refrigerador. La doctrina de la evolución es un ejemplo típico de ello.

### *La teoría de la evolución y sus consecuencias*

Al contrario de los Mormones y los Testigos de Jehová, hoy día los cristianos aceptan esta teoría sin reparos, al menos en Europa. Aquí se bebe esta teoría con la leche materna, o a más tardar en la escuela, incluso en la escuela católica. Al revés de los relatos bíblicos de la «creación», la teoría de la evolución explica el origen de las especies y en particular el de la humanidad como un proceso lento y muy natural de desarrollo, cuyas leyes hemos descifrado, en gran parte. Los unicelulares, los organismos complejos, los moluscos, los vertebrados y los mamíferos se originan uno después del otro y como resultado de mutaciones casuales y de una selección natural, como otros tantos estadios de este desarrollo. Entre los mamíferos se destacan quienes tienen manos y cerebro, y en este grupo la familia de los primates, de los cuales proviene el género humano. Por ello es muy extraño que en el *Catecismo*, editado en 1994 y no en 1494, no se pueda encontrar la palabra evolución, ni siquiera allí donde mejor se la podría esperar, es decir, en la doctrina de la creación. Lo que sí se encuentra allí es el concepto de pecado original. Este pecado «ha tenido lugar al comienzo de la historia humana» y es el que «cometieron los primeros padres libremente» (no 390). Se sigue diciendo de estos primeros padres que, aunque «fueron creados en un estado de santidad» (no 398), perdieron esta armonía e incorrupción debido a que se negaron a obedecer un mandamiento divino expreso. Ésa debió haber sido la causa por la que el alma perdió su dominio sobre el cuerpo y por la que la armonía entre hombre y mujer fue reemplazada por relaciones de concupiscencia y de dominación... Y para colmo de desgracias, «entró la muerte en la historia humana» (no 400).

¿Cómo pueden conjugarse tales afirmaciones de fe con el conocimiento de la teoría de la evolución? Primero, hay muchas razones para pensar que la humanidad no comenzó -como enseña el monogenismo fuertemente patrocinado por la Iglesia- con un solo hombre y una sola mujer, que debieron haber llegado al umbral de

la conciencia humana y de la libertad casualmente al mismo tiempo. Es mucho más probable que este ascenso aconteció a través de varios individuos y parejas en diversos lugares y en tiempos distintos, como lo enseña el poligenismo científico. Pero otras preguntas aún más agudas acechan en otras partes.

En el lento proceso desde el pitecántropo («hombre mono», literalmente) al *homo sapiens*, como se llama científicamente al ser humano, no hay lugar alguno para una pareja humana dotada de una perfección, intuición y armonía interior como la que le atribuye la tradición. ¿Y cómo se conjuga la inmortalidad de aquella pareja con la evolución del ser viviente? Todo lo que respira, ha muerto siempre y seguirá muriendo, desde el piojo hasta el brontosaurio, y desde el hombre mono hasta el *homo sapiens*. Más aún, ¿cómo podría ser que esa pareja humana, que apenas empezaba a salir de la zona sombría de la conciencia animal, tuviera sin embargo un conocimiento tan detallado de los mandamientos divinos, como para poder negarse a ellos con una decisión libre? Para explicar este «no», se le pide ayuda al diablo. Éste debió haber sido originalmente un buen espíritu, pero se hizo malo total e irrevocablemente, a pesar de que por esencia era bueno, y esto, sin tener ningún tentador desde fuera, como habría sido el caso para la pareja humana.

Si se tratara sólo de «un acontecimiento original al comienzo de la historia humana», como enseña el citado *Catecismo*, algo así como un millón de años antes de nuestros días, uno podría olvidarse de esos acontecimientos y pensar en otra cosa. Pero no es así. Este acontecimiento debió tener consecuencias catastróficas precisamente para nuestro diario vivir en la actualidad. Pues la tragedia entera de la muerte del hombre y toda la desgracia que ha golpeado al mundo, la interminable procesión de opresión y desprecio, de crueldad y de dolor, cada terremoto y cada peste, todos los desastres, plagas y penas de la historia humana, todo eso tendría su origen exclusivamente allí. En la noche de Pascua, esta procesión horrorosa hace difícil aceptar el júbilo con que se proclama sobre la *felix culpa*, la feliz culpa, «el verdaderamente necesario pecado de Adán». La tardía retórica romana de este himno debería ceder su lugar a un canto adecuado a los tiempos sobre el significado que tuvo para nuestra vida el paso de Jesús a través de la muerte.

### *Consecuencias de la doctrina sobre el pecado hereditario*

El edificio clásico y antiguo de la doctrina del pecado hereditario se ha levantado sobre el fundamento de ese pecado original. El esfuerzo desesperado del *Catecismo* por hacerse cargo de manera más o menos satisfactoria de esta doctrina, muestra a las claras lo

inaccesible que ella ha llegado a ser para la gente de buena voluntad que trata de entenderla desde la mentalidad moderna. En el no 404 el *Catecismo* se plantea valientemente, de frente, el problema: «¿cómo es que el pecado de Adán pudo llegar a ser el pecado de toda su descendencia?». El *Catecismo* busca la respuesta en la unidad del toda la familia humana. Pero la transmisión del pecado hereditario es «un misterio que no podemos entender enteramente». Para favorecer o facilitar este entendimiento, el *Catecismo* trae una consideración teológica que termina en una frase sorprendente: «Por ello, el pecado hereditario es un pecado en un sentido traspuesto: es un pecado que se ha ‘recibido’, no uno que se haya cometido, una situación, no un hecho». Y en el no 406 añade que «el pecado hereditario no tiene en ninguno de los descendientes de Adán el carácter de pecado personal». ¿No se puede hablar entonces de una inculpabilidad personal? ¿Y cómo se conjuga esto con aquella enorme masa de desdicha que se parece tanto a un castigo? Es muy difícil aceptar una solución tan artificial: un pecado que en realidad no es un pecado –pues lo esencial del pecado es la decisión personal y en este caso no la hay-, es pecado sólo en un sentido traspuesto, es decir, metafórico. Pero entonces, ¿qué queda de él realmente?, y sin embargo el ser humano debe ser castigado con la condenación eterna en el infierno, como lo ha proclamado el Concilio de Florencia en 1442 en su confesión de fe. El *Catecismo* oculta sabiamente al lector el castigo en cuya comparación los horribles subterráneos de tortura del Medioevo son hoteles de vacaciones.

Pero hay todavía otras afirmaciones de fe adosadas a la doctrina del pecado hereditario. Por ejemplo, la enseñanza de que el bautismo lava este pecado, como también la interpretación de la muerte de Jesús en la cruz como sacrificio expiatorio, con sus pesadas consecuencias para la eucaristía, y el dogma de la Concepción Inmaculada de María, cuyo fundamento se viene abajo, y el dogma de su Asunción corporal a los cielos, para la cual se invoca precisamente dicha concepción sin pecado original. En este contexto, también el dogma de la infalibilidad pontificia correría peligro si los otros dos dogmas comienzan a vacilar... Pero basta de mensajes plañideros. De nuevo hay que pensar en la estatua que se eleva hasta el cielo, la que vio Nabucodonosor en su sueño. La aceptación de la teoría de la evolución pone al creyente en conflicto con las afirmaciones doctrinales de la Iglesia.

Esta contradicción entre afirmaciones doctrinales heterónomas, como la doctrina del pecado original hereditario, por un lado, y el reconocimiento de la autonomía humana y del cosmos en la teoría de la evolución, por otro, no es el único ejemplo del conflicto inconsciente entre fe heterónoma y pensamiento moderno. Pues

aún los más conservadores en su comportamiento se guían por una aceptación por lo menos inconsciente del principio de autonomía. Esta aceptación es la que explica que en caso de enfermedad llamen al médico en vez de invocar, como antes, a los 14 santos auxiliares, o que ahora se comprometan por los derechos humanos y la democracia, por mucho que Roma los haya condenado hasta muy entrado el siglo XIX, o que rechacen la violencia religiosa, mientras que la tradición ha considerado esta violencia como muy cristiana y digna de alabanza y la ha utilizado celosamente, incluso echando mano a la espada y al patíbulo. Lo que niegan con su razón, lo afirman en los hechos. Pero aun esta aceptación en los hechos de la autonomía del cosmos y de la humanidad provoca conflictos con las ideas cristianas tradicionales. Quien toma en serio las adquisiciones del pensamiento moderno, debe deslizarse continuamente por un camino que lo aleja de un mensaje que le es presentado con vestiduras medievales. Este mensaje necesita urgentemente una traducción al lenguaje del siglo XXI.

Comenzaremos enseguida con esta traducción. Para ello revisaremos temas importantes de la doctrina dogmática y de la espiritualidad. El índice de este libro muestra esos temas. En cada uno de ellos explicamos la doctrina oficial como resultado de presupuestos heterónomos. Y a continuación sigue un ensayo de formulación de una idea más moderna, esto es, teonómica, de la experiencia de fe contenida en ella. El resultado de estos ensayos no nos deja siempre satisfechos. Lo contrario sería un milagro. Se trata de viajes a lo desconocido en un terreno que casi no ha sido pisado. No hay senderos. Pero en la medida en que mucha gente transite por allí, poco a poco se van a ir construyendo senderos.